

la misma denominación, o bien —más importante— ante lo que entienden vislumbrar como pretendidas nostalgias restauracionistas de la Iglesia, ansiosa de recuperar el protagonismo social y el poder de otros tiempos. Pensamos sinceramente que esta perspectiva quizá ve gigantes en los molinos de viento. Las cosas van por otro lado. Ciertamente, es posible que todavía queden rastros de aquella mentalidad, aunque la Iglesia ha tomado ya tan buena nota de esta manera de hacer, que no parece necesario insistir en una mera dirección de denuncia de peligros.

En cambio, entendemos que el libro de R. Blázquez ayudará a convocar esfuerzos en el importante quehacer que se abre ante los cristianos, sin caer en las agotadoras disensiones intraeclesiales de cuya esterilidad tenemos experiencia suficiente en las décadas posconciliares. Ciertamente, caben distintos matices y subrayados a la hora de plantear la evangelización en la actualidad. Y el A. no oculta su simpatía por una determinada manera o estilo de llevarla a cabo, en el que quizá no todos se identificarán. Pero precisamente este aspecto es enriquecedor para el conjunto de la Iglesia. La naturaleza eclesial de la evangelización significa que nadie pueda monopolizar en exclusiva su propia visión absolutizada: «Cada teólogo pondrá los acentos —recuerda el A.—, en aquellos aspectos con los cuales por sensibilidad, preparación y experiencias sintoniza más hondamente; pero debe ser consciente de su limitación, respetar otras acentuaciones y buscar en la Iglesia, madre de la fe y sujeto de la evangelización, las auténticas dimensiones católicas» (p. 34).

Estas palabras podrán ser muy fecundas si son recogidas en la práctica con autenticidad. La misión de la Iglesia presupone la comunión. Sólo desde la unidad es posible un mensaje evangélico «para que el mundo crea».

José R. Villar

A. SISON, *La virtud: síntesis de tiempo y eternidad (La ética en la Escuela de Atenas)*, EUNSA, Pamplona, 1992, 471 pp. 14,2 x 21,3.

El autor se propone desarrollar una tesis tan clara y evidente como tremendamente actual y viva: la virtud es síntesis de tiempo y eternidad. Pudiera parecer que el tema es demasiado obvio como para dedicarle justamente 471 páginas y, sin embargo, el asunto no es tan simple: hay muchos aspectos o elementos mutuamente implicados y, por si fuera poco, mucho se ha escrito al respecto. Es interesante el largo y detenido recorrido del

profesor Sison a través de las ricas enseñanzas que sobre la ética (más específicamente en lo que a la virtud concierne, uno de sus temas éticos capitales) realizaron los máximos exponentes de la Escuela ateniense. El título de la obra, por lo demás, es bien expresivo de su propio contenido.

Efectivamente, el hombre se encuentra inmerso en una peculiarísima ambivalencia, de la que en modo alguno puede zafarse: nacido en el tiempo y sumergido en él, está destinado para (y aspira a) la eternidad; vive y pelea en el mundo de lo contingente/temporal con el ansiado fin de alcanzar la verdadera posesión, que —para su esencia espiritual— sólo puede ser lo estable eternamente. Lo temporal y lo eterno, lejos de dar lugar a un abismo del todo insalvable, en el hombre llegan a converger a través de la virtud, en definitiva, a través de la perfección y de la felicidad.

En efecto, la virtud también nace y se desarrolla en el sujeto con el paso del tiempo. Como dirá el autor, «aunque la virtud no cambia a causa del tiempo, hemos de decir que la virtud cambia según el tiempo; y en ello nada hay de extraño, pues la virtud es hábito y precisa, por tanto, de un revestimiento temporal» (p. 451). Pero, una vez alcanzada, la virtud produce estabilidad, reposo, quietud y felicidad, máxime cuando el ser humano entra en la eternidad, donde el hombre virtuoso deja de «estar sujeto ineluctablemente a las contingencias de la posesión o carencia de recursos materiales; del éxito o fracaso, del honor o recriminación en las empresas sociales y políticas que necesariamente promueve; del riesgo inevitable de la amistad (...)» (p. 441).

En la introducción del libro se encara directamente la cuestión al presentar el tiempo y la eternidad como afecciones naturales humanas. Así, en primer lugar, hay que decir que «la naturaleza humana es inmanente-temporal» (p. 18), bien porque «el tiempo se introduce como medida del cambio de lo ya producido» (*ibidem*), bien porque «el tiempo sobreviene como medida del mismo producir» (*ibidem*). Por lo uno y por lo otro, en cualquier caso, el hombre «es, en su mismo vivir o existir, histórico (...); es el ser histórico por excelencia con absoluta propiedad y exclusividad» (p. 19), tanto a nivel de colectividad (a lo cual el autor alude con el vocablo «tradicición») como en su dimensión personal («biografía»).

Pero, en segundo lugar, «el sentido de la existencia temporal se halla fuera de la misma: es ultratemporal y trascendente, próximo a la eternidad» (p. 21). Efectivamente, la vida finaliza con la muerte, pero muere el hombre en cuanto ser compuesto, no el alma; es más, «la muerte es trance a la inmortalidad» (p. 22) y «la inmortalidad es el modo humano de participar de la eternidad» (p. 22).

En fin, «la naturaleza histórica humana se nos presenta como un problema cuyo sentido o fin está en lo inmortal, participativo de lo eterno. Todo el esfuerzo que caracteriza nuestra vida por adquirir la virtud puede reducirse a saber calibrar, en sus medidas exactas, la presencia en lo temporal de lo eterno y la incidencia en lo eterno de lo temporal» (pp. 22-23), teniendo presente que la eternidad, en cuanto acto, es éticamente superior al tiempo. Desarrollar estos extremos es el objetivo que el profesor Sison se ha propuesto al escribir este libro. De hecho, en un brillante párrafo lo recalca el autor, afirmando que «en resumidas cuentas, tenemos por una parte el tiempo: ontológicamente, una sustancia inquieta; lógicamente, la negatividad; físicamente, lo irreal y, psicológicamente, se expresa en el deseo. Por otra parte está la eternidad: como perfección, la cualidad de una acción realizada, cumplida, bien acabada; como el ideal de la soberanía, gobierna todas nuestras empresas e inspira todas nuestras acciones; y por último, como la hipostatización por parte de la conciencia del correlato infinito de su desear, Dios. Y entre ambas encontramos al hombre, que mediante la virtud (la cual, no le viene dada por la naturaleza sino que la tiene que conquistar), radicada en todas y en cada una de sus potencias, se desvela por lograr una síntesis de los dos, del tiempo y la eternidad» (pp. 27-28).

El desarrollo que sigue el libro a través de sus diversos capítulos es claro. En el primero analiza «las afecciones temporales en la dimensión externa de la virtud» (pp. 29-170), esto es, se abordan las cuestiones de la enseñabilidad de la virtud y de la influencia de la edad —tanto cronológica como psicológica— sobre la aptitud necesaria para adquirir la virtud. Además, en este primer capítulo el autor realiza un interesante repaso de la evolución conceptual que han sufrido una serie de nociones (particularmente, «el alma», «el saber» y «la sociedad») estrechamente vinculadas con la ubicación, génesis y crecimiento/retroceso de las virtudes.

El segundo capítulo, encaramado ya en una escala más alta de intelección, constituye un estudio de «las afecciones temporales en la dimensión interna de la virtud» (pp. 171-233). Mediante un utilísimo recorrido a través de las fuentes socráticas, platónicas y aristotélicas el autor va exponiendo, al son de lo que escribieran o dijeran los grandes de la era helénica, los factores y medios que intervienen en la génesis, desarrollo y perfección de la virtud.

El último de los tres capítulos trata del «tiempo y eternidad en la vida y obra de los hombres virtuosos» (pp. 235-443), es decir, describe lo que ha sido y de qué rasgos se ha revestido la virtud encarnada en Sócrates (el hombre justo), en Platón (el hombre amante) y en Aristóteles (el hom-

bre feliz). Es interesante el «giro copernicano» que el autor introduce en este último capítulo: aun con todo lo dicho en los dos anteriores, resulta que es sobre todo la virtud lo que más realmente afecta al tiempo (y no tanto a la inversa). El hecho es que «toda virtud es indefectiblemente virtud de alguien; siempre radica en un sujeto personal. La virtud cobra existencia y efectividad en la vida y en la obra del hombre virtuoso. El hombre virtuoso es aquél que (...) coordina los distintos sentidos de la temporalidad, el pasado y el futuro en el presente; y que sabe, en todo lo que ahora vive y hace, reconocer y dotarlo con un valor 'eterno', un 'sentido', con vistas a su inmortalidad» (p. 453).

*La virtud: síntesis de tiempo y eternidad* se cierra con un apartado de conclusiones (pp. 445-456) y con un notable elenco bibliográfico (pp. 457-471). En definitiva, tal como el profesor Rafael Alvira escribe en el prólogo, «el interés creciente que la ética despierta en la actualidad, encontrará en este libro un punto de referencia que le puede conducir a mundos insospechados, sin los cuales dicha ética no es más que el decoro externo de una vida que sigue siendo vacía».

A. Carol

Klaus SCHATZ, *Historia de la Iglesia contemporánea*, Herder, («Biblioteca de Teología», 16), Barcelona, 242 pp., 20 x 12.

Encontrarse con una historia de la Iglesia contemporánea objetiva e interesante no es algo habitual. La que ahora presentamos, lo es. Con la ventaja de que intenta, en la medida de lo posible, abarcar territorios que forman parte de la Iglesia, pero que apenas son mencionados —casi siempre por desconocimiento— en las historias al uso. Tal es el caso de América Latina. El A. —a pesar de moverse sobre todo en el mundo historiográfico alemán— sabe introducirla oportunamente como una parte importante —que lo es— de la historia contemporánea de la Iglesia. También el enfoque general es interesante. No se trata de una narración ni superficial ni pormenorizada de todo lo sucedido, sino de analizar los dos últimos siglos desde una perspectiva bien delimitada: la actitud de la Iglesia ante el mundo moderno.

Conseguir todo esto en poco más de doscientas páginas de un libro de bolsillo denota una buena capacidad de síntesis. Y unos buenos conocimientos de la bibliografía reciente, tanto alemana como italiana o francesa. Algo menos presentes están en cambio autores anglosajones. Y ausentes los